REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | San José de Costa Rica, Lunes 24 de Abril de 1922 | No. 5

Los tres dones del gobernante

[Tomado de las «Conversaciones con Goethe», por Eckermann].

Era un hombre completo [1] —replicó Goethe—y todo en él brotaba de una fuente única. Y como el conjunto era bueno, todas sus acciones particulares eran buenas también, cualquiera que fuese el objeto de ellas. Por lo demás, para gobernar le favorecían tres cosas. Poseía el don de distinguir espíritus y caracteres y de colocar a cada cual en su puesto. Esto vale mucho. Luego, poseía otra cualidad de tanto valor como esa o más; estaba animado de la más noble benevolencia, del más puro amor a los hombres, y su alma quería apasionadamente lo mejor. Pensaba siempre en primer lugar en la dicha de su país, y sólo en último término en la suya propia. Estaba siempre dispuesto a ayudar a las gentes de buena voluntad y a fomentar los buenos propósitos. Había en él mucho de divino. Hubiera deseado hacer dichosa a la humanidad entera. Pero el amor engendra el amor, y quien es amado gobierna fácilmente.

Y por último, en tercer lugar: era superior a su ambiente. De diez voces que comentaran un caso, la mejor era la undécima, la suya. Las sugestiones extrañas resbalaban en él, y no era fácil que hiciese algo impropio de su dignidad, porque rechazaba todo servicio sospechoso que se le hiciese y se ponía en guardia contra los bribones que le recomendaban. Lo veía todo por sí mismo y en todos los casos tenía en sí propio la más firme base. Además era silencioso, y a sus palabras seguía siempre la acción.

(1) Se refiere Goethe al gran duque Carlos Augusto.

CARLOS PEZOA VELIZ

Por ARTURO TORRES RIOSECO

Al hablar sobre Carlos Pezoa Véliz y al afirmar que él es un gran poeta, considero únicamente valores poéticos eternos, de esos que se conservan en el fondo de nuestro cerebro para acompañarnos en la vida, y que después habrán de producir temblores nuevos en la médula de las generaciones futuristas. Porque yo he puesto siempre mueca agria a todo artífice que quiere arraigar su valer en evolución métrica o en teoría estética sin poseer la inteligencia creadora ni el gusto artístico superior. Es desagradable observar como algunos poetas de hoy en América y en Europa tratan de imponer sus concepciones que, a más de estar desprovistas de todo valor permanente, quitan a la poesía su elemento más precioso, cual es la musicalidad. De Homero a Rubén Darío, y sin salirnos de la lírica peninsular, desde Gonzalo de Berceo hasta el gran Guerra Junqueiro, ni un solo poeta ha abandonado la musicalidad para eternizar la concepción filosófica y la inquietud psíquica. Las cánticas del divino Arcipreste, los cantares melancólicos de Pero López de Ayala, de Furtado de Mendoza y de ese máximo poeta Ferrant Sánchez Talavera, que influenció fuertemente la siringa de Jorge Manrique, son de joyante belleza musical. Así también es de una melodía celeste el verso del Comendador Joan Escriva, que al escribir en 1497

»Ven muerte tan escondida
que no te sienta conmigo,
porque el gozo de contigo
no me torne a dar la vida,

se adelanta al modo retorcido y torturado de Santa Teresa. Y después repasemos toda la lírica española y veamos en Garcilaso, Lope (gran poeta lírico), el príncipe Herrera, San Juan, Góngora, Teixeira de Pascoaes, Eugenio de Castro, Eduardo Marquina, esa gracia musical y esa liviandad rítmica que son del cogollo mismo de nuestro corazón ibérico.

Y esta musicalidad no es la que presta la rima artificiosa del pandero, sino que es el toque íntimo que se hizo lágrima en Manrique y en Becquer, sollozo apretado en Francis Thompson y acaso en Coleridge, trueno en Whitman y en Hugo. Y por eso los versolibristas desde Blake hasta Walt (andando sólo en cumbres) han podido librarse de harapos requeteusados para darnos orquestaciones wagnerianas.

Decía que me molesta ese desprecio que sienten los poetas jóvenes de hoy por la poesía decente, por la poesía limpia, sin recursos ajenos y sin retorcimientos ambiguos. Claro está que el imaginismo ha conseguido hacer obra duradera y que de él ya se han levantado algunos nombres, pero también es claro que cualquier poeta de ala recia lo ha de encontrar demasiado reducido para espaciarse en él. Así Carl Sandburg, el macizo poeta de Chicago, que después de afiliarse al grupo imaginista OTHERS ha salido por otros horizontes con su nuevo libro SMOKE AND STEEL, que después de LEAVES OF GRASS, es lo más representativo del alma de este pueblo norteamericano. Acaso el mismo Homero haya tenido sus limitaciones en un principio como las tuvo Goethe y Rubén Darío; limitaciones que esposaron las manos de Góngora y que hoy dificultan el vuelo de grandes poetas como Tagore y Ricardo Dehmel.

Y también decía que al hablar de Pezoa Véliz dejaría de mano toda creencia en estas renovaciones que entraban toda plenitud, para juzgarlo al claror de la verdad y del valor poético sin límites.

EL AMBIENTE

En Chile, tal vez mejor que en los otros países de nuestra América, se advierte una agresiva división de las clases sociales. Tenemos en primer lugar, lo que se ha dado en llamar aristocracia, formada por gente con árbol genealógico, trazador del «pedigree», y por agricultores enriquecidos. El ideal de esta clase social es una silla de congreso; de ahí que todos sus miembros se dediquen a la política o a la diplomacia. No ha dado esta aristocracia ninguna personalidad en ninguna de las actividades cultu-

rales de la nación y si un día fuera reemplazada por inmigrantes de cualquier colectividad europea, el cambio beneficiaría al país en un ciento por ciento. Su característica principal es un arraigado patriotismo, inspirado, claro está, por el sentimiento de derecho y posesión. Ellos quieren y defienden a «Su Chile» porque les pertenece hereditariamente, como que todos nuestros presidentes han pertenecido a un tronco común, dándose el caso vergonzoso de una sucesión inmediata de padre a hijo durante tres períodos. Después viene una clase media que sostiene el prestigio intelectual del país y a la cual pertenecen los profesionales. A ella se pueden incorporar los escritores y literatos. Su característica es una ansia inquieta de engrandecimiento y de cultura que forzosamente ha de llevar al país a cercanas cumbres. Ha dado a la nación vigorosas personalidades en ciencia, artes, industrias, etc. Desde ella laboran jefes de grandes fábricas, poetas y periodistas ilustres, rectores de universidades y de liceos, médicos distinguidos, profesores, etc. Y en tercer lugar viene el proletariado al cual pertenece la mayor parte de los obreros, elemento éste el más valioso de la nación. El proletariado de Chile está sumido en una ignorancia aterradora, de adrede mantenida por la oligarquía que siempre se opuso a la ley de instrucción primaria obligatoria, al establecimiento del divorcio, a la separación de la Iglesia del Estado y al prohibicionismo, debido esto último a que casi todos los senadores son dueños de la producción vinícola, pudiendo por lo tanto asesinar al pueblo sin cargos de conciencia.

Esta oligarquía adula al pueblo, y como los domadores, le suaviza la melena y le dice que es libre y soberano, y le encarcela a sus hijos en prisiones, y cuando la fiera se agita descontenta manda a un general ignorante para que les destroce la carne con ametralladoras (v. g. Matanza de obreros en Iquique por el general Silva Renard allá por 1906. Asalto y destrucción de la federación de estudiantes de Chile, amparado por el ejército, en 1920). Esta autocracia se vale de la religión católica, la inmunda religión de toda gente prostituida e ignorante, para esposar las zarpas de la fiera. Frailes corrompidos vegetan a la sombra de la caridad nacional, mantenidos como verdaderos príncipes por el gobierno, y corrompen la moral y el buen gusto desde púlpitos y cátedras, contaminando el alma de la nación desde el taller hasta la universidad, pasando por la institución sagrada del hogar. Así se trata de hacer desaparecer paulatinamente las últimas noblezas de este pueblo chileno que es verdaderamente bravo y noble, que ama a su terruño y tiene la máxima superioridad de ser inquietamente dolorido. Leal y dolorido, he aquí dos grandes cualidades de mi pueblo. Amargo es el roto chileno, desconsoladoramente amargo en la fiesta de Domingo y en el torneo galante. Mas, es muy hombre en todo, y por una mujer hace morder polvo a su enemigo y rompe venas. Hoy lo hace por una mujer, mañana será por una idea.

Hasta hoy el ejército (defendido por los abogados de la oligarquía), el feudalismo, la religión y la ignorancia mantienen al pueblo en total resignación lamiendo con dulce lengua de gacela la garra traidora que le amenaza eternamente. Y como en Chile no existe el periodismo libre, han de pasar muchos años antes de que se forme una opinión pública consciente y antes de que el pueblo despierte de su aletargamiento de siglos.

En una sociedad como ésta, de divisiones marcadas a fuego vivo, se desenvolvió la personalidad del poeta más grande del país, recibiendo la influencia directa de la clase media a que se incorporó y trayendo la fortísima potencialidad sanguínea y psicológica de las clases humildes.

EL POETA

Carlos Pezoa Véliz fué el hijo primogénito del suburbio asqueroso de la ciudad chilena. Su pie sin sandalia sangró sobre el pantano y la guija, y en lodos inmundos se plasmaron sus pobres huesos de hospital. Tenía el gesto amargo y cortante de la ceja junta y el labio apretado. Pero su barba de severo corte y su nariz de breve inclinacion hebrea traicionaban al corazón de lucha, encendido y vibrador, que lo llevó hasta la clase intelectual. De abajo traía la llama de la lujuria ardiéndole las carnes. La serpiente del sexo se había echado a dormir en su cerebro; a veces despertaba y le clavaba sus garfios ponzoñosos y las patas del chivo se agitaban en la hojarasca bajo el soplo encendedor de una canción de bacanal:

> Yo quiero una mujer...
> Así la quiero:
> carne sólida y tibia, color rosa,
> y hambrienta de impudicias...
> ceño despreciativo y altanera
> y ojos como violeta pudoroso
> preñados de caricia.

¡Lujuria de oro del hombre de mis tierras, amor puro a la carne, cómo me has perseguido a mí también! Pero en el fondo aroma el nardo, arrulla la paloma psiquis, se alza la flor de loto y una suave luz de inocencia me arropa en túnica de nieve. Así en Pezoa, cuya alma se elevaba en túnica celeste mientras su deseo ardía como un leño de hoguera:

> Yo quiero esa mujer; cuando al fin la halle
> saldré sangrando de la humana zarza
> para alfombrar de cánticos la calle
> por donde cruce su esbeltez de garza.

¡Amor del hombre de mis tierras; amor endomingado, reidor, amargo y fatalista! Amor de beso y lengua, de lágrimas y puñaladas, amor de macho y de niño sentimental al mismo tiempo. Voz de melancolía de la novia, de Ana, de Luisa, novia de poeta, vagabunda también, también atormentada y de garzul pureza:

> Ana, la triste amante del poeta era pálida
> como eran su tristeza y su alegría escuálida.
> Nunca lloraba, nunca sus ojos entreabiertos
> lloraron; eran tristes como los de los muertos;
> sus párpados bajaban en fúnebre caída
> cual si tuvieran miedo de mirar a la vida,
> y sólo levantábanse, trémulos por la angustia,
> de sus ojeras negras sobre la sombra mustia,
> en esas noches largas pasadas en la pieza
> con el recuerdo, el sueño y el sorbo de cerveza,
> cuando con él, borrachos de honda melancolía
> se miraban los ojos cerca de la bujía.

Y cantaba a la carne como hombre y no como poeta de circo y de mercado. Y era la palabra que enloquece a las mujeres y hace palidecer de envidia al cantor eunuco del salón. Y su voz dice así:

A UNA MORENA

> Tienes ojos de abismo, cabellera
> llena de luz y sombra, como el río
> que deslizando su caudal bravío
> al beso de la luna reverbera.
> Nada más cimbrador que tu cadera
> rebelde a la presión del atavío.
> Hay en tu sangre perdurable estío,
> y en tus labios eterna primavera.
> Bello fuera fundir en tu regazo
> el beso de la muerte con tu abrazo...
> Espirar como un Dios, lánguidamente,
> teniendo tus cabellos por guirnalda,
> para que al roce de una carne ardiente
> se estremezca el cadáver en tu falda.

Y de allá del fondo de sus antiguas pobrezas traía también el romanticismo curioso de mi gente. El romanticismo que solloza en la guitarra o que se queja en la quietud agreste de una copla de campo. Romanticismo altivo que florea la roja tentación de la lujuria y la arropa en fragancia de yerba buena y de toronjil mañanero. Y a todo esto la melancolía le vacia sus lluvias y sus sales que retocan la noble lengua lírica de una suave luz de fragilidad que la encantan de la lejana saudade portuguesa de Texeira de Pascoaes. Pronto la vida le echó vientos de odio y de tragedia. Aquellas sus ansias de carne de mujer y de amores divinos habían de dejar hueco a otros sentimientos más hondos. Fué entonces lo cotidiano que empezó a sonar su triste flauta ciudadana. Lo cotidiano; esto que día a día nos resbala por el lomo del corazón en escalofríos de todas vibraciones. Lo cotidiano digno de cantarse es lo heridor y lo salino, lo más trágico de la hora. Y aquí viene el dolor a ser la médula espinal de estos poemas. El dolor de los perros noctámbulos que en las noches escarban las basuras en la busca del hueso y la piltrafa verde; del flaco perro errante que rumia una larga historia de noches sin guarida y de días sin pan

y otra visión al pobre no se ofrece
que la que suelen ver sus ojos zarcos:
la estrella compasiva que aparece
en la luz miserable de los charcos.

El dolor de los entierros en el campo, cuando se van por la montaña los angarilleros a la luz de cuatro faroles parpadeantes, acompañados por los largos lamentos de los perros. O la pena del organillo que

hace vibrar la pereza
de polvorientos cantares
en la inaudita tristeza
de los versos populares,

y que al pobre huaso que vivió un día al amor de las eras recuerda una historia tan amarga como un sorbo de mares. Todo esto, y la tragedia de ir sin madre por el mundo, y la desesperación de las guitarras nerviosas, y el terror de los huesos enfermos, y la miseria de los parias, y todo lo más negro del poblacho y la urbe, apretó el corazón de Pezoa y estrujó en su cerebro lirismos absurdamente desgarrados.

A la manera de Otón, cantó Pezoa en suave lengua bucólica. Su tierra chilena, la amada tierra de mis entrañas, tenía para él, como lo tiene para mí, un jugo fermentador de cosas grandes. Y su corazón atribulado de hombre urbano se lavaba en luces virgilianas para decir en la melodía de la hora mañanera al limonero roto:

Y no encuentro el dosel de mis amores
en los sitios del bosque, despoblados,
¡Y tú llevas los verdes cobertores
en que mi amada y yo, ebrios de olores,
hablábamos de amor, entrelazados.

Era el campo, y la gente de este campo: era la muchacha de cuerpo de subasta, a quien decía:

Criadita alegre, vé
a dejar el café frío,
bebí mi sorbo de hastío
y no quiero ese café.

Era la robusta moza de quince años criada en nuestros fundos para la lujuria de los señores feudales, la hechizada por los ojos de azor de los patrones chilenos, Teodorinda, a quien habla el poeta:

Tiene quince años ya Teodorinda,
la hija de Lucas, el capataz,
el señorito la halla muy linda;
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años más!

En su poema máximo, UNA ASTUCIA DE MANUEL RODRÍGUEZ, logró Pezoa Véliz aprisionar en jarro de arcilla pura la emoción del paisaje de Aconcagua, la ingenuidad olorosa de nuestros campesinos, que entregan diezmos y primicias al buen cura aldeano, el alegre optimismo de Fray Alfonso Guimarez, la malicia y el ingenio chispeante de aquel bravo guerrillero, unico héroe total en nuestra guerra de valientes, a quien ya se empieza a olvidar porque era de los humildes, porque se llamó Manuel Rodríguez. Algún día, cuando la verdadera idea de Democracia arraigue en el corazón de historiadores y poetas, este Manuel Rodríguez habrá de ser considerado como uno de los héroes mayores de nuestro continente americano. Y si los cuatro historiadores clericales que tenemos no lo hacen, yo habré de meter pluma lírica en la historia de nuestro guerrillero.

A pesar de que Pezoa, en un áspero esfuerzo de sinceridad, quiso trenzar su ritmo interno a la psicología popular, no pudo librarse de las contaminaciones puramente literarias ni de ese afán de renombre y de eternidad que bulle en nuestro cerebro indo-ibero. Su cultura artística, que consistía en un frágil conocimiento de los primeros modernistas americanos y en una dudosa comprensión de los simbolistas franceses, le sirvió para formarse un vocabulario elástico y nuevo y para dar a su verso esa elegancia parisina que fué púrpura pontificia en los hombros griegos de Darío. Fué un maravilloso batihoja de la métrica que rimó con la aristocracia doliente de Stuart Merril y con el desenfado versallesco del insuperable nicaragüense. En su PERGAMINO se acerca a la perfección clásica de Robert Bridges:

Su feudo es grato. Baten en él las serenatas
como calandrias nuevas sus alas de cristal;
las cláusulas afinan sus ocarinas gratas
y su violín de plata ensaya el madrigal.

Los otros metros charlan. El grave alejandrino
con su violín ensaya; se burla el sonetín;
rasca un violín pequeño: su canto es anodino;
catorce cuerdas de oro se ven en el violín.

Su hambre de gloria llevó a Pezoa hasta exageraciones lamentables y hasta originalidades de mal gusto hechas únicamente para brillar. Ella lo hizo recorrer toda la lira aunque él mismo conocía perfectamente sus limitaciones de poder creador. Y por ella su vida errante está salpicada de emocionantes caprichos infantiles. Tuvo períodos de dómine (cosa fácil en toda América) y de dandy, y soñó en los triunfos sociales en un ambiente miserable e hipócrita donde para «llegar» es necesario desconocer toda clase de cultura y cargar en la americana los laureles vulgares de un don Juan.

En la clase de gente intelectual aprendió Pezoa el vicio abominable de la sátira que, según el decir de un crítico español, es elemento indispensable en la obra poética, y que, según opinión personal, es el recurso más fácil y más grosero para disfrazar la inferioridad del poder creador.

Hoy la producción artificial y rutinaria de la nueva generación intelectual de mi patria ha hecho olvidar momentáneamente el verbo recio de este hombre; pero así como de entre tanta trompeta discordante y de entre tanto tamborileo de circo se levantó el himno dulcísimo de Rosalía de Castro, y así como de entre las mentiras y las figuras de proscenio de simbolistas y decadentes analfabetos se destacó la

locura harmoniosa de Julio Herrera, ha de salir un día a la luz de apreciación el canto rotundo y noble del autor de FECUNDIDAD, de este Pezoa Véliz, cantor de Chile, muerto de miseria en un hospital. Y ya sería una de las cumbres de América si hubiese habido en el país un solo crítico inteligente y si la chabacanería de sus compatriotas no le hubiese arrojado en la pira monstruosa de las incomprensiones. Con todo, yo lo coloco bien alto en nuestras letras continentales (inferior únicamente a Darío y a Walt Whitman) y me inclino agradecido porque su verdad nos ha abierto el camino, a mí y a Graciela Mistral, para que ensayemos en nuestra lengua castellana de América una canción racial potente y nueva.

Universidad de Minnesota. U. S. A.

(Envío del autor).

NOTA.—En una de las próximas entregas publicaremos algunas poesías de Pezoa Véliz.

El Canal de Panamá
Un comunismo hecho por los yanquis

POR LUIS ENRIQUE OSORIO

TRAS los rompeolas de Colón—dos rayas negras que cierran la boca de la bahía—el Atlántico se agita, estremeciendo por doquiera sus espumas... El barco va rasgando las aguas verdosas del puerto y gana la entrada del canal, una angosta faja líquida que en nada se diferencia de una desembocadura de río caudaloso si sus aguas no tuvieran el color esmeraldado del piélago marino.

Vamos avanzando lentamente. Atrás, por entre dos bandas verdes llenas de árboles y tejados, el océano refulge bajo un cielo grisáceo y va tomando el tono brumoso de las lejanías... Adelante, entre murallones erizados de columnas grises, negrean las dos compuertas de la primera esclusa. Así que nos aproximamos, una de ellas, sin trajín de mecánicos ni ruido de maquinarias, se va abriendo lentamente, nos da paso y vuelve a cerrarse. El navío queda encajonado entre las murallas y las negras portadas que le impiden la marcha a proa y a popa. Es de creer que ha caído en una trampa gigantesca. Y su prisión aparece más humillante cuando lo atan con cables a unos carritos enanos que trafican en lo alto de la esclusa, a babor y estribor.

Pero el agua va subiendo paulatinamente dentro del gran cuadrilátero, y con ella el navío. Aparecen perspectivas que se ensanchan poco a poco: el pueblo yanqui de Gatún, que semeja una aglomeración de jaulas pizarreñas, cubiertas por plantas trepadoras... Y tras él la extensión azulina y espejeante del lago. Por entre las lomas se dibujan hasta perderse en el horizonte los arcos grises de hierro que cubren la vía férrea, a modo de anillos de una serpiente descarnada.

Cuando el agua ya casi llega a los bordes de la muralla, se va abriendo con lentitud la compuerta de adelante y el barco avanza conducido por los carros enanos que andan sobre rieles de cremallera y lo mantienen en todo el centro de la esclusa.

Aparece entonces en toda su extensión, entre esferales colinas, el lago de Gatún. Es un ámbito azul y tranquilo que, en vez del aspecto sublime de las lagunas naturales, presenta dolorido las consecuencias de su artificio.

Los árboles de la vegetación que cubría la antigua selva se hallan sumergidos y asoman tan sólo a la superficie sus copas grises y desnudas, como brazos, manos y muñones contraídos que clamaran desesperadamente misericordia ante aquella tortura a que los somete el ingenio humano.

Todo el lago se halla erizado de esqueletos vegetales, que mantienen en pie su negra desnudez y fingen sobrevivir a la muerte de las frondas, según su expresión dolorida... Algunos se desmayan tristemente: es de creer que sueñan en su antigua opulencia selvática, el perfume del gajo en flor y la visita festiva de los pájaros: todos aquellos encantos de que los aparta para siempre la prisión del agua. Otros levantan en su brazo raquítico una espada en amenaza eterna que nadie afronta... Algunos se adaptan a esa nueva vida artificial y en ridículo delirio de grandeza lucen el penacho parásito de la vegetación acuática.

Este panorama triste se prolonga hasta que el lago se esconde tras las lomas del sur y el canal nuevamente se estrecha, va cortando las vegas, busca la hondonada y se encierra entre peñones tajados en el paso de Culebra. Vuelven a presentarse entonces las negras compuertas de una esclusa y a repetirse el mecanismo de Gatún. Pero esta vez el barco queda entre muros llenos de agua y se va hundiendo; las perspectivas se arrugan; piérdese de vista la franja oscura de la carretera, que se aleja por las vegas... luego las vegas. Y por último sólo quedan descubiertas las cumbres de los collados, y sobre las murallas los tanques de inmersión, moles esqueléticas de gigantescas proporciones.

Pasada la última esclusa, vuelve a tomar el canal el aspecto de un cauce hecho por la naturaleza. En el horizonte, sobre cerros aislados, se dibujan las construcciones de Balboa, y más allá el conjunto gris y blanco de la capital... En seguida, por entre dos montes, aparece la azulosidad horizontal del Pacífico, bruñida a trechos y llena de bonanza.

* *

ANTE la aparición del nuevo océano, vuelvo a mirar atrás y me parece una leyenda el hecho de que un barco de miles de toneladas haya pasado flotando sin tropiezo alguno por sobre el lomo de esas cerranías. En aquella obra, que carece de toda complicación aparente, la mecánica y la magia se dan la mano. El hombre ha logrado que esas grandes compuertas que se abren ante los trasatlánticos, funcionen a la simple presión del dedo índice sobre un botón.

El hombre está escondido en el organismo de aquel reptil viviente lo mismo que el alma, si aceptamos la teoría de quienes la localizan en determinadas células del cerebro.

La esclusa tiene su cerebro: una casilla en la cual se refleja en miniatura la zona correspondiente, como emoción que trasmitieran los sentidos externos del canal. El mecanismo allí oculto ve aparecer un barco, le abre paso a su debido tiempo, pone el agua al nivel del lago o del mar, cierra de nuevo las compuertas. Y todo esto lo lleva a cabo por medio de botones que oprime delicadamente. El hombre se ha convertido allí, gracias a su ingenio, en la misma voluntad de las fuerzas naturales.

* *

PERO la maravilla del canal no es solamente su obra de ingeniería, sino también la organización que se ha dado a los trabajadores de la zona. Los Estados Unidos han creado allí una república comunista; realizan en toda su amplitud social el programa de los revolucionarios rusos.

En efecto: la tierra, con sus carreteras, edificios y la generalidad de los semovientes, todo pertenece al Gobierno yanqui. La ociosidad y la especulación no existen, pues allí sólo habitan los obreros manuales, técnicos y dirigentes del canal; y el comerciente, esa planta parásita del capitalismo, está sustituido por los grandes almacenes de abastecimiento, donde se provee a los trabajadores de los artículos que necesitan a precio de costo.

Todos ellos reciben habitación higiénica y gratuita, en el sitio más adecuado para atender a sus labores, y gozan de un sueldo proporcional a su categoría y en todo caso suficiente para vivir con holgura.

La instrucción es gratuita y obligatoria, despojada de todo fanatismo religioso y político. Por último, los empleados disfrutan de completa garantía contra enfermedad y accidentes de trabajo.

La paz y el bienestar que hay en la zona, y el admirable funcionamiento del canal, que nunca se ha prestado a especulaciones particulares ni ha dado margen a la creación de grandes fortunas, es un argumento vivo contra quienes alegan que el comunismo mata la iniciativa individual, o quienes lo califican de utopía.

El Canal de Panamá, la obra más importante que ha producido el emprendimiento humano, ha sido hecha bajo la organización comunista, con el agravante de haberlo llevado a cabo la nación más capitalista del orbe, no con fines humanitarios, sino con propósitos de engrandecimiento material y dominio internacional.

En efecto: si en la zona se han destruido actualmente la miseria y la pobreza apremiante; si en los hogares hay prosperidad; si los hombres todos trabajan de acuerdo con sus inclinaciones sin estar expuestos a eventualidades futuras, porque tienen la garantía de una riqueza reconcentrada que es de todos y para todos, de cuánto mayor bienestar se disfrutaría si el dinero invertido en fortificaciones se empleara en herramientas agrícolas y los cinco mil soldados que se hallan sobre las armas se dedicaran a cultivar la tierra por un sistema en el cual se unieran a los adelantos modernos las ventajas de la centralización en el trabajo y la proporción en el reparto.

Y aquí debo rectificar mi anterior afirmación de que en el canal no había gente ociosa. La hay en efecto, como en todos los lugares donde existe el pie de fuerza militar, esa gloriosa entidad que subsistirá mientras las injusticias de la vida colectiva obliguen a ahogar, y en último caso a anular, la protesta de los descontentos y de los victimados.

Panamá, febrero 27 de 1922.

(*Cromos*. Bogotá).



UNA PETICION DEL DR. NANSEN,

alto Comisionado de la Misión Internacional para el Socorro de Rusia,

a las naciones de la América del Sur

London, January, 1922.

Dr. Víctor Andrés Belaúnde.

Muy señor mío:

TENGO el gusto de dirigirme a Ud. dado el cargo que desempeño de Alto Comisionado para socorrer el hambre en Rusia.

Sin duda estará Ud. al corriente del asunto que represento, puesto que es de interés tan universal. Veinte o treinta millones de almas están sufriendo privaciones horrorosas, millones sufren el horror del hambre, tanto que el palio de la muerte cubre todo un país; más, se teme que el estado de miseria del pueblo Ruso reaccionará desastrosamente sobre el mundo entero, vista la inactividad comercial resultada de su empobrecimiento. Medios enérgicos tienen que ser adoptados para salvar la vida de las malogradas poblaciones.

Por lo pronto, todo mi afán es interesar al mundo entero con este proyecto visto que de ningún otro modo se puede dar frente a tan espantosa situación. Desde luego los gobiernos de muchas naciones, Francia, la Gran Bretaña, Italia, Noruega y Suecia, han socorrido o en géneros o concediendo crédito; el Vaticano ha dado un millón de liras. Varias organizaciones voluntarias están recogiendo fondos en los Estados Unidos, en la Gran Bretaña, Bulgaria, Dinamarca, Francia, Noruega, Suecia, Suiza y otros países. Pero se necesita mucho más, así es que me dirijo a los Estados de America del Sur, rogando participen en este esfuerzo para la salvación de la vida, sabiendo cuán generosamente siempre han respuesto a semejante plegaria de la voz del sufrimiento.

En esta hora de necesidad como nunca se ha visto, le ruego de corazón nos ayude recogiendo cuanto sea posible, y también haciendo conocida cuanto pueda esta petición, pues cada momento es de importancia y toda moneda ayuda.

Saluda a Ud. con toda consideración,

FRIDTJOF NANSEN,
Alto Comisionado.

NOTA.—Las donaciones deberán ser enviadas al Dr. Fridtjof Nansen, Alto Comisionado de la Misión Internacional para el Socorro de Rusia, cuya dirección es: 33, Bloomsbury Square, Londres, W. C. 1. Inglaterra.

(De *Mercurio Peruano*. Lima).

El Editor del REPERTORIO AMERICANO recibe auxilios para los niños rusos. Por el momento hay en caja:

Escuela «Manuel Obregón», de Tibás...	₡ 38.50
Maestros del Circuito I. de la Provincia de San José	17.75
C. L.	0.90

Los fondos recogidos se remitirán al Dr. Nansen.

Pedro Kropotkin

Por RICARDO BAEZA

Hoy hace un año moría en Rusia el príncipe Pedro Alexievitch Kropotkin. Todavía en la baraunda sovietista y el puerperio de la Gran Guerra, su muerte pasó sin que los hombres le rindiesen todos los honores que en ocasión más tranquila le habrían acordado. No está demás que esta Revista (1) de libre examen, donde, sin ataduras doctrinarias ni imperativos personales, trátase de dar a hombres e ideas su justo peso, conmemore el primer aniversario, ya que, muda por aquel entonces, no pudo consagrarle el homenaje oportuno.

Con Kropotkin se extinguía la última gran voz de la filosofía anarquista, y la más oída. Las circunstancias personales le daban una resonancia que no tuvo ninguno de los otros evangelistas del anarquismo; y también, la calidad literaria de la obra escrita. Un libro como las *Memorias de un revolucionario* es probable sobreviva largamente a todas las ruinas doctrinales.

Es de esperar que Pedro Kropotkin no tarde en encontrar el biógrafo que merece. Su vida es sin duda de las más hermosas y ejemplares de los tiempos modernos. Contadísimas almas han ardido en un tan puro amor de la humanidad; y no como una fogata pasajera, sino como una lámpara segura. Y nadie tuvo tanta fe en la bondad ingénita y las infinitas posibilidades del hombre como este dulce predicador de la «ayuda mutua». Príncipe en la corte, paje del emperador, sabio ya granado, con el más ancho porvenir mundanal y científico, todo lo sacrifica por fidelidad a su ideal. Acepta sin vacilaciones la miseria, la prisión, el destierro; y pasa por la prueba, con una serenidad, una paz de ánimo, un dulce tesón, que hasta la tumba le acompañan. Todo en él fué apostólico: la mansedumbre, la paciencia, el candor, la pasión tranquila, el amor infatigable. La faz misma es de apóstol. Se creería, contemplándola, ver realmente la faz del otro Pedro, el buen pescador de Galilea, a quien le fueron entregadas las llaves de la ciudad futura. Se recuerda también, casi inevitablemente, la faz de León Tolstoi, el otro apóstol ruso. Pero en las facciones de Tolstoi brilla una llama arrebatada y hosca que no advertimos en el rostro de Pedro Alexievitch, rezumante de cordialidad y de pureza. Nadie se acercó a él que no fuera conquistado por su sencillez, su afabilidad, su tacto exquisito, su perfecta aristocracia de espíritu y de maneras, su cristianismo en acción. Todos se sentían vivir mejor y más noblemente a su lado. Más de una vez espías enviados por el gobierno ruso y hábilmente introducidos en su intimidad acabaron conferándosele. Conociéndole, no podría confundirse el más puro de los credos sociales con el terrorismo de acción. Así pudo vivir, casi la mitad de sus años, en medio de la sociedad más tradicional de Europa, universalmente querido y respetado. Lo mejor de la intelectualidad inglesa juzgaba un privilegio el trato y la amistad de este hombre «sin miedo y sin tacha».

«Pero considerar a Piotr Alexievitch sólo como un filósofo, un hombre de ciencia o un tolstoyano, como hacen algunos, es absurdo—dice su hija Alexandra Petrovna, en un elocuente número necrológico que, con anuencia del Soviet, publicaron los camaradas anarquistas de Moscou—. Por encima de todo, él creía en la igualdad. Para él la Justicia, su grito de batalla, no podía existir sin la igualdad. Pero la Justicia es algo inanimado, cuando no la ilumina ese profundo amor de la humanidad que constituía las raíces mismas de su ser. El amaba a los hombres con ese amor del pueblo ruso, que es también compasión. Pero él no podía amar, ni siquiera compadecer, pasivamente. Toda su vida fué una prueba de ello. Y si durante estos tres últimos años tan rara vez alzó su voz para expresar su protesta, su indignación o su censura, y cuando lo hizo fué casi siempre en cartas personales, es porque no quería ofrecer el filo de su crítica a los que miraban hacia atrás, y no, como él, hacia adelante... El sabía que, por el camino de la vida, si los mensajeros galopan de prisa, las caravanas van despacio. Las caravanas hacen alto, acampan para el reposo; y cada campamento, aunque casi mejor que el anterior, se parece aún a él demasiado. El mensajero no descansa, y releva el caballo, y avanza de continuo hacia esa colina sagrada donde no se levanta un edificio temporal, ni un campamento de paso, sino la ciudad eterna y acabada que resplandece suavemente y desde lejos hace signo a los hombres.»

* *

De toda esta vida, tan fértil en acontecimientos y en sentido dramático, tan digna en su esquema de ser propuesta a la veneración y al ejemplo de los hombres, gusto de imaginar sobre todo un momento, que para mí es el más alto punto de su trayectoria. Como acontece en todos los grandes espíritus no es un momento de acción, sino de meditación, de recogimiento y de severo examen: el abismo del huerto de los Olivos, que sólo a las almas de sublime calidad les es dado conocer.

Pedro Alexievitch se encuentra casi a mitad del camino de la vida, al borde de los treinta años. Viene de Siberia, adonde al salir de la Escuela Militar pidió ser destinado. Sus compañeros le juzgaron loco. Realmente, era cosa singular que el príncipe Kropotkin, descendiente de los Rurik, más noble que los mismos Romanoff, paje favorito del zar, quebrase así, voluntariamente, las más fundadas esperanzas de un espléndido porvenir. Pero ya la mentira y el falso brillo de la Corte, la corrupción y las vergüenzas del mundo oficial petersburgués, pesaban demasiado sobre los hombros de Pedro Alexievitch. La lectura le había puesto ya en contacto con los ideales de los primeros predicadores socialistas de Occidente; la reflexión le había dejado entrever la justicia de sus reivindicaciones. No maduro aun para la decisión, opta por refugiarse en Siberia. Allí, por lo menos, podrá ser útil; podrá estudiar la administración y ver lo que en ella es susceptible de enmienda; podrá también explorar aquellas inmensas soledades, apenas conocidas.

Pasan unos cuantos años. Pedro Alexievitch ha descubierto el curso de Obi, navegado sobre sus grandes aguas desbordadas; disfrazado de mercader ha traspuesto la frontera del Celeste Imperio y hecho observaciones que le permiten modificar radicalmente la noción aceptada sobre el sistema orográfico de Siberia. Cuando regresa a San Petersburgo la Sociedad Geográfica le acoge jubilosamente y le envía a estudiar los yacimientos glaciales de Finlandia. Allí, elabora Pedro Alexievitch una nueva teoría sobre las formaciones glaciales, que es hoy la admitida por la ciencia. A la vuelta de la expedición, la Sociedad de Geografía le ofrece el puesto de secretario, objeto de sus aspiraciones.

Habiendo renunciado a una eminente posición social, he aquí que un risueño porvenir se le abre de nuevo. Y esta vez no será un turbio horizonte palatino, que le exigirá un sacrificio de sus más íntimas convicciones, sino una tranquila perspectiva de glorias y alegrías intelectuales, donde podrán ejercitarse libremente sus aptitudes. «La ciencia es una admirable cosa—nos dice él mismo—. Yo conocía los goces que procura y quizás podía

(1) La excelente Revista *España*, de Madrid, de la que hemos tomado este artículo.

apreciarlos más que muchos de mis colegas. En aquel tiempo, visitando los lagos y las colinas de Finlandia, nuevas y hermosas teorías científicas se levantaban ante mí....» Pero durante aquel viaje por Finlandia tuvo también ocios sobrados para rumiar las ideas de antaño, que se arraigaban y fortalecían más y más, avivadas por el reciente contacto con la efervescencia libertaria de la juventud petersburguesa. Involuntariamente, observa la vida misérrima del campesino finlandés. ¿Cómo va a hablar de cultura, de progreso, a quien tiene que sudar sobre el surco de la mañana a la noche y no puede cocer su pan sino dos veces al año? ¿Y quién tiene la culpa de aquello? ¿La naturaleza acaso? No le cuesta mucho trabajo llegar a la conclusión de que la falta es del sistema social y económico que nos rige. Y, poco a poco, aquellas ideas le van hablando al corazón más fuertemente que la geología. «Sí, la ciencia es una cosa admirable. Pero, ¿qué derecho tenía yo a aquellos nobles deleites cuando, en torno mío, no veía sino la miseria, la lucha por un mendrugo mohoso? Todo lo que yo gastase en aquel mundo de emociones delicadas, infaliblemente sería arrebatado de la boca misma de aquellos que sembraban el trigo y ni aun bastante pan tenían para sus hijos, pues la producción total de la humanidad es todavía demasiado escasa... El saber es una fuerza enorme. Es preciso que el hombre sepa. Pero ya sabemos muchas cosas. ¿Qué sucedería si estos conocimientos, nada más que estos conocimientos, se convirtiesen en bien común de todos? ¿La ciencia no progresaría a saltos, y la humanidad no avanzaría a pasos de gigante en el dominio de la producción, la invención y la creación social, con una rapidez que apenas podemos imaginar hoy?... Las masas tienen necesidad de aprender; quieren aprender; *pueden* aprender. Allá, en la cresta de esa inmensa sierra que serpentea entre las soledades palustres, veo un campesino finlandés sumido en la contemplación de la admirable llanura de agua y malezas. Ni uno solo de estos campesinos, por pobre y maltratado que sea, pasará por allí sin detenerse a admirar el paisaje. Más allá, a la orilla de un lago, otro campesino canta una canción tan melancólica y hermosa que el mejor músico se la envidiaría. Ambos sienten profundamente, ambos meditan, ambos sueñan; están maduros para extender el círculo de sus conocimientos. Falta sólo darles los medios, proporcionarles la enseñanza y el ocio... He aquí la dirección en que debo obrar, he aquí los hombres para los cuales debo trabajar. Todos esos discursos sonoros en que se habla de hacer progresar a la humanidad, manteniéndose los autores de ese progreso a distancia de los que pretenden empujar hacia adelante, son simples sofismas fabricados por algunos espíritus deseosos de escapar a una irritante contradicción».

Pedro Alexievitch no aceptó la secretaría de la Sociedad Geográfica, y renunció a la ciencia para consagrarse a su apostolado social.

Lo que admiro aquí no es precisamente la solución dada al dilema—cuya órbita de discusión es amplísima—, sino el hecho de encararse sinceramente, como cuestión central de la vida, con un dilema semejante. Junto a esta posibilidad, la misma consecuencia del propio sacrificio es, a mis ojos, de importancia secundaria.

La continuación es bien conocida: La fortaleza de Pedro y Pablo, una evasión novelesca, la persecución política, cincuenta años de predicación incansable, de esfuerzo intelectual, de lucha con las más perentorias necesidades de la vida. La colaboración en la *Enciclopedia Británica* le puso algún tiempo a cubierto de la miseria; pero ¡cuántas veces, en los arrabales de Londres, no pudo el príncipe Kropotkin comprar sus dos peniques diarios de tabaco!

Por todo ello, siempre nos quedará este santo hombre como la encarnación más viva y perfecta de ese ruso universalista del siglo XIX en que seguimos confiando, de ese «hermano de todos los hombres» que nos anunciaron sus profetas; ese vagabundo, prefigurado por Puckkin, que «necesita la felicidad humana para satisfacerse»; ese ruso, preconizado por Dostoievsky, que «ha de encontrar un terreno de conciliación para todas las contradicciones europeas».

* *

Cuando estalló la revolución de 1917, Kropotkin acudió jubilosamente a Rusia. Era la patria vuelta a pisar después de cuarenta años de destierro, y era, sobre todo, la Revolución, el comienzo acaso de la Gran Revolución.

A pesar de la acogida que se le dispensó, y de la oferta de formar Gobierno que, poco seguro de los hombres que había de manejar, rehusó muy prudentemente, la desilusión no tardó en llegar. La inepcia y el desconcierto del Gobierno Provisional primero, el caos y el doctrinarismo marxista de los bolcheviques después, le hicieron comprender que tampoco había llegado aún el momento. A la orilla casi de la muerte, tuvo que ver cómo Rusia y la Revolución iban a la deriva.

Sin embargo—aquí otra vez admiramos el temple del hombre—, Pedro Alexievitch no quiso salir de Rusia, como el Gobierno Sovietista le permitía. Cierto que era la miseria, la desolación, casi el hambre y todas las torturas morales del cataclismo social; pero, a pesar de todo, en Rusia se estaban forjando el hombre y la vida del futuro. Mejor era aquel frenesí y aquellos dolores de parto que el sepulcro blanqueado del capitalismo europeo.

Como ruso y como revolucionario, Pedro Alexievitch comprendió que era deber suyo quedarse y vigilar los acontecimientos. Cansado y enfermo, sin poder tomar parte activa en la lucha, se retiró a la aldea de Dmitrov, en las inmediaciones de Moscou. Allí pasó sus tres últimos años, triste y austeramente. No quiso aceptar la mejora de ración que le ofreció el Soviet. Aunque anciano y achacoso se empeñó en compartir las privaciones comunes. Unas coles que él mismo cultivaba, y alguna taza de leche constituían casi su único alimento.

Durante estos tres años apenas intervino en política. Su único manifiesto fué la «Carta a los trabajadores de Oc-

---

A LOS JOVENES

Si a tu paso triunfal por la Vida levanta su aplastada cabeza la rampante Envidia, es índice seguro de que vales, que eres *algo*.

Y porque vales, tendrás malquerientes, adversarios, detractores.

No se te oprima el corazón por ello, ni tu voluntad se agriete.

Llorarás, primero, al sentir tanta maldad humana por gusto, tanto dolor desparramado torpemente.

Después, indignado, querrás con tus manos crispadas, triturar a los malos.

¡Venganza! ¡Delicia de los dioses! —clamarás.

Sí. Vengarte, pero no ancestralmente.

¿Cómo?

Haciendo labor mejor cada vez, mientras tus negadores muerden rabiosos la radiante huella de tu acción.

A cada burla, a cada puñado de cieno infamante que te arrojen, responde siempre con hechos victoriosos de tus manos y de tu alma.

Hacer, es la mejor venganza contra los que censuran, envidian, odian; es decir, contra los que no son capaces, los pallidos y perversos.

Laborar siempre cada vez mejor. Y lograr que la obra forjada virilmente surja bella, verdadera, fecunda, es la dicha suprema de quien la realiza, y el castigo más justo de quienes la denigran o la odian.

JUAN RAMÓN URIARTE

(Envío del autor)

cidente». La nota que publicamos más adelante explica esta abstención. (1) Sin embargo, no permaneció ocioso. Trabajaba asiduamente en un basto tratado de *Etica*, que desde hacía años proyectaba; obra que dejó casi concluída, y no tardaremos en conocer. Esta imagen de Pedro Alexievitch meditando, en medio del vórtice sovietista, sobre la conducta del hombre y los fundamentos de la Moral, completa el cuadro de esta vida ejemplar.

El 8 de febrero de 1921, en las horas de la madrugada, moría entre los brazos de su hija, rodeado de algunos parientes y amigos, a consecuencia de un ataque gripal.

* *

El Soviet de Moscou decretó grandes honores al cadáver. El féretro fué trasladado a Moscou y estuvo expuesto cuatro días en el salón de fiestas del antiguo palacio de la Nobleza. Circunstancia curiosa: setenta y cuatro años antes, y contando sólo cuatro de edad, había comenzado allí Pedro Alexievitch su vida oficial, quedándose dormido sobre las rodillas de la emperatriz, en ocasión de un baile ofrecido por la nobleza de Moscou a Nicolás I. Una comisión oficial de los Soviets vino a honrar el cadáver y medio Moscou asistió a los funerales. Sus restos reposan en el cementerio de la ciudad.

Su hija nos ha contado que el día que fueron al cementerio a escoger el emplazamiento, un *mujik* les esperaba allí desde la víspera. Venía de lejos; había tenido que caminar muchas horas. Al verles se prosternó, suplicándoles le dejasen cavar la fosa de Pedro Alexievitch. «El había oído que Kropotkin, el hombre más santo de Rusia, había muerto; él no tenía flores que traer, pero quería hacer algo por Kropotkin...» Un palmo de nieve cubría el suelo, y la tierra estaba dura como piedra.

Londres, 8 de febrero.

---

(1) La publicaremos en la entrega próxima del Repertorio.

Las cien mejores poesías cubanas

Por José Mª Chacón y Calvo. Volumen V de la «Biblioteca Literaria de Autores Españoles y Extranjeros». Madrid.—Editorial Reus, 1922.

De José María Chacón se ha dicho con frecuencia que sobresalía como erudito entre la juventud intelectual cubana. No se le han reconocido sus dotes de escritor y de estilista, y precisamente ha sido esa actitud, en la que acaso si había una encubierta malicia, la que le llevó a ensayarse en géneros puramente literarios. Precozmente se había nutrido de erudición; pero a tiempo comprendió que ser erudito solamente era gran cosa, pero no todo. Los ejemplos de notables eruditos que fracasan ruidosamente en el empeño de poner unas palabras junto a otras; que, dicho sencillamente,—no saben escribir,—pronto le preocuparon. Hubo un verdadero momento de crisis en su vida, que comenzó aquí y aun se prolongaba en sus primeros tiempos de Madrid: lucha contra lo que en él había de viejos procedimientos, de erudición empolvada, y que no permitía el florecimiento de lo propio que llevaba dentro. Si José María Chacón no hubiera sido en el fondo un verdadero artista, esta crisis no hubiera tenido sentido; pero lo tuvo, y hondo, desde el momento en que, en la lucha, venció el artista y floreció su espíritu. Alfonso Reyes, su primer amigo de Madrid, habló de esta crisis en carta publicada en «*Hermanito menor*». «Aquel crítico ponderado y justo—le dice a don Joaquín García Monge—de ricas informaciones históricas y de disciplina no frecuente en nuestra América, se acerca ahora a las cosas mismas de la vida con un interés casi doloroso». Ese mismo pequeño libro, que tan poco ha circulado aquí, sucesión de diminutos cuadros perfectos en que todo es de una transparencia y de una sutileza de que no se le creyera capaz, demuestra bien que no era Chacón un erudito solamente. ¿Quién podría negarle el fino espíritu de artista leyendo ese libro encantador, de cuya belleza dijeron, en cartas o en artículos, Azorín, Rivas Cherif, Bonilla y San Martín?... Y mucho antes, su conferencia «Cervantes y el Romancero», fué una verdadera prueba de que sabía juntar, a la idea penetrante, la palabra primorosa y la novedad del juicio. Pero Chacón es, además de artista, erudito, y eso sí que es gran cosa; su erudición le lleva a decir las cosas con autoridad, aunque su dominio del lenguaje y su propio sentido artístico, haga que no pueda decirlas sino con belleza. Si de algo pecamos actualmente muchos de los que aquí escribimos, es de falta de erudición, de falta de dominio de las literaturas, y es eso lo que nos hace estar mal orientados, o por lo menos con una orientación siempre rezagada. Y es que para escribir algo de una cosa, hay que saber mucho de ella, como decía Martí; pero junto a esta necesidad de la erudición, colocamos nosotros la necesidad del sentimiento de expresión; dos cosas que en Chacón se unen, para hacerle nuestro primer escritor del momento actual.

Cuatro años habrán de cumplirse en breve de que José María Chacón salió de Cuba, y ya tiempo hace que alguno se preguntaba qué hacía, aparte sus breves crónicas de la montaña, que EL FIGARO publicaba. Y en el comentario, acaso si hubiera una sonrisa significativa: un fracaso más. Nosotros sabíamos, sin embargo, que Chacón no desperdiciaba el tiempo, que estudiaba con ahinco. Desde antes de partir, proyectaba un libro difícil, hecho a costa de estudios pacientes, y que exigiría la revisión de códices en latín; un libro para dentro de muchos años. ¡«Su libro», en fin! Llegado a España puso ahinco en el estudio de aquel idioma, hasta dominarlo; hizo visitas a bibliotecas, tomó apuntes, y el libro ya se anuncia en preparación: «Lulio y la tradición franciscana». Y mientras tanto realizaba sus andanzas por los pueblecitos de la ancha Castilla, en un anhelo apasionado de «llegar a conocer toda la montaña», trabajaba en sus «Ensayos sentimentales», publicados en México, y se ocupaba en la impresión de «Las cien mejores poesías cubanas», el libro que ahora tenemos en las manos, y de los «Ensayos de Literatura Cubana», cuya edición publica la «Editorial Callejas».

«Las cien mejores poesías cubanas» casi nació a nuestra presencia, y del autor escuchamos la lectura de muchas de sus notas, y de los versos escogidos. Por eso, al recibirlas ahora en forma de libro, no hacemos sino revivir el recuerdo de tardes lejanas, transcurridas en el ambiente recogido de su cuarto de estudio. Lo que el libro representa, cualquiera que sepa de la penuria en que estamos con respecto a historia de nuestra literatura, sabrá apreciarlo. Pero nosotros no somos, en modo alguno, los que podemos hacer la crítica del libro, y aun creemos que él necesitaría para ser debidamente estudiado, una de las dos o tres plu-

mas próceres de nuestra literatura: Varona, Sanguily... (?) Pero hacemos, sí, la alabanza cordial de este libro que, por sus apreciaciones críticas, viene a ser una breve historia de nuestra poesía; indispensable desde ahora para el estudio de esa parte de la literatura cubana, porque a la riqueza de datos biográficos y bibliográficos se une, con relieve primordial en la obra, el valor personal de sus apreciaciones, que cada una de por sí es una síntesis segura y de belleza indiscutible. Así las apreciaciones de Heredia, Plácido, la Avellaneda, Mendive, Casal...

A la objeción que nosotros tenemos para esta clase de libros: ¿Por qué un límite preciso de cien composiciones?, se une naturalmente la objeción distinta y general de cada lector: para muchos, no son las composiciones escogidas de Casal las que debieran representarle: para otros no puede incluirse la «Oda a la piña», de Zequeira, entre las cien mejores poesías cubanas, sencillamente porque cualquier verso de Casal, o cualquier soneto de René López, la supera. El que tal piensa (y me refiero a un amigo a quien todos estimamos como uno de los buenos intelectuales de ahora), se olvida del propósito del libro, que no ha sido otro sino «caracterizar los períodos de nuestra literatura con suficiente número de composiciones, para que por las mismas puedan fijarse los rasgos fundamentales de aquéllos», como nos advierte el autor. Y su advertencia hay que tenerla en cuenta también cuando nos dice que «el gusto del antologista, ha sido la principal guía para la selección», para que así no haya discusión posible en cuanto a las poesías insertadas.

Libros de esta naturaleza conocíamos, hechos en otras repúblicas de América, y entre ellos el recientemente publicado por Manuel Beltroy, «Las Cien mejores poesías líricas peruanas». El de Chacón supone un esfuerzo infinitamente superior a cualquiera de ellos, por cuanto carecen de las apreciaciones que él ha puesto al pie de cada poeta citado. En el libro de Beltroy un largo prólogo da al lector una notabilísima síntesis del desenvolvimiento de la poesía en su país; pero el resultado no puede ser tan satisfactorio como el que se obtiene con el método de Chacón. Con sus apreciaciones editadas aparte, prescindiendo de los versos que abultan el volumen, ¡qué admirable galería de poetas cubanos pudiera hacerse! Y nosotros lo haríamos aunque fuera desvirtuando el propio propósito del libro que ahora tenemos en la mano.

FÉLIX C. LIZASO

Marzo 1922

(*El Fígaro*. Habana).

Revista Parlamentaria de Cuba

PUBLICACION MENSUAL

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacional

DIRECTORES: JOSE CONANGLA Y JESUS MASDEU

En el mes de marzo o a principios de abril del año en curso (1922), comenzaremos a publicar en la Habana la *Revista Parlamentaria de Cuba*. Hace tiempo que acariciábamos el propósito de fundar esta Revista, para resumir en sus páginas mensualmente, el movimiento Parlamentario de la República y recoger, de ese modo, con mayor fidelidad y selección de lo que puede hacerlo la prensa diaria, los debates más interesantes que vayan sucediéndose en ambos cuerpos colegisladores, así como para dar informes correlativos de cuantas iniciativas surjan y de cuantos asuntos se desarrollen en el Congreso a través de las sucesivas legislaturas.

Y este propósito, que estamos a punto de realizar, nos atrae no precisamente para convertir la Revista en una especie de anticipo de las minuciosas Memorias que a fines de cada período congresional se publican por la Cámara y el Senado, sino con miras más elevadas; ya que nuestra aspiración a la vez que se cifra en servir el prestigio del Parlamento Cubano ofreciendo a los congresistas un nuevo y apreciable estímulo para que sus nobles gallardías tengan mayor y más digno relieve, queremos también que sirva para enaltecer más y más la cultura cubana ante los propios y los extraños, tanto con la presentación ordenada de esas materias, como con el recuerdo y la transcripción educadora y nunca baldía de los esfuerzos memorables que gloriosas figuras históricas mantuvieron en defensa de los ideales y de los intereses de Cuba, en otras épocas.

En complemento armónico de ese enlace espiritual y el presente de Cuba, queremos proyectar en las páginas de la *Revista Parlamentaria*, una visión de las actividades legislativas y políticas de todos los pueblos, y en especial de aquellos con los cuales nos liga comunidad de verbo y de origen; como también dejar testimonio sucesivo y entusiasta del movimiento que en todos los órdenes de la intelectualidad y del patriotismo cubanos vaya desenvolviéndose en el transcurso de los meses, como son actos académicos, conferencias, exposiciones artísticas, publicaciones de libros, etc.; sin olvidar el estudio correspondiente y el comentario oportuno sobre los problemas y los acontecimientos nacionales, así como la atención merecida por los problemas mundiales y por todo aquello que, por cualquier concepto, pueda interesar las nobles inquietudes del patriotismo y de la cultura cubanas.

Este programa, aunque extenso, no dejará de cumplirlo la *Revista Parlamentaria de Cuba*; para lo cual no ha de faltarnos el concurso valioso de firmes y bien disciplinadas voluntades, así de ilustres y venerables figuras intelectuales cubanas como de escogidos colaboradores y diligentes corresponsales, especialmente en las Repúblicas hermanas y en España, Francia, Italia e Inglaterra. La *Revista Parlamentaria de Cuba*, no será, por tanto una publicación más, sino órgano viviente de un sector importantísimo de la actividad patriótica y de la cultura cubana, sin exclusivismos partidarios, abierta a la tolerancia y al noble deseo de comprensión espiritual; y por lo mismo que se funda para responder a demandas crecientes del progreso y del prestigio del país, esta Revista

guardará siempre, por encima de todo, identificación absoluta y devoción ferviente con los sentimientos más puros y con los ideales más íntegros del nacionalismo cubano.

LOS DIRECTORES

Las principales secciones de la REVISTA PARLAMENTARIA DE CUBA, serán las siguientes:

Problemas nacionales. (Notas editoriales, comentarios o encuestas sobre los mismos).

—Resumen mensual del movimiento legislativo de la República.

—Debates salientes y discursos notables en la Cámara y el Senado.

—Figuras parlamentarias nacionales (contemporáneas e históricas).

—Partidos políticos y sus directores y programas.

—Discursos memorables (sección histórica), de grandes oradores cubanos y extranjeros, y en especial en defensa de Cuba.

—Las Constituyentes cubanas.

—Movimiento legislativo en las naciones americanas.

—Movimiento legislativo en España, Francia, Italia, Inglaterra y demás países.

—Figuras parlamentarias extranjeras.

—Constituciones vigentes.

—Anécdotas parlamentarias, políticas y diplomáticas.

—Movimiento académico, universitario, profesional y artístico de Cuba (conferencias, congresos, concursos, tesis doctorales, exposiciones, etc.)

—Publicaciones nacionales.

—Libros y revistas extranjeras.

La *Revista Parlamentaria de Cuba*, verá la luz a principios de cada mes, en ediciones encuadernables de setenta o más páginas, tamaño de este prospecto. Y el precio de la suscrición será a razón de *Cinco Pesos* o dollars al año, tanto para Cuba como para cualquier otro país de la convención postal, pago anticipado.

LA INFAME

POR FLETA CAMPBELL SPRINGER

AYLING comprendió de pronto en el automóvil que era innecesaria toda esta prisa. Después de veinticinco años y de un largo y descansado viaje de regreso—hacía seis semanas que se había despedido de la India—esta precipitación del último minuto era ilógica, por decir lo menos, tanto más cuanto que nadie le aguardaba en Londres; nadie tenía siquiera noticia de su llegada. A decir verdad, quizá nadie tenía en Londres noticia de su existencia, salvo, tal vez, el empleado del club a quien había telegrafiado para que le reservara alojamiento.

La rigidez de su postura, inclinándose hacia adelante en el asiento, se le hizo penosa y absurda. Trató de arrellanarse, pero el esfuerzo no valía la pena, y volvió a erguirse, mirando hacia afuera.

Sí; la perspectiva era bastante familiar, pero familiar como aquellas viejas fotografías que carecen ya de significado. No le producía emoción alguna. Las cosas nuevas, los contornos inesperados se destacaban con mayor viveza, haciendo pesar sobre él la gigantesca y concentrada indiferencia de la gran ciudad. Sin embargo, esta cualidad era lo que más le agradaba de Londres. Le dejaba a sus anchas. La ciudad había sido para él—recordaba la florida frase de su juventud—un amigo soberbiamente indiferente. Quizá, pensó, cuando uno llega a los cincuenta, no le agrada tanto que lo dejen «a sus anchas»; no considera la indiferencia el atributo supremo de la amistad.

Sintió que le invadía una peculiar oleada de nostalgia por la India, de donde venía; pero sentirse nostálgico por la India era ridículo, puesto que precisamente había abandonado porque sentía la nostalgia de Inglaterra. Se había repetido a sí mismo, durante aquellos veinticinco años, que echaba de menos Inglaterra.

¡Y bien! Aquí estaba. ¡En la patria! Era extraño que no hubiera pensado en los automóviles y la electricidad, y la diferencia que aquello representaría.

El taxi volteó súbitamente, haciendo jugar los frenos, y siguió la curva. Ayling reconoció la alta y familiar entrada del club. Algo había cambiado o se había reemplazado, pero Ayling no pudo recordar lo que era. El conductor abrió la portezuela, cogió la maleta de Ayling y la depositó con diestro movimiento en el umbral. Luego aguardó respetuosamente mientras éste buscaba en sus bolsillos alguna moneda suelta. Cuando la hubo recibido, saltó ágilmente a su asiento, oprimió el pedal, hizo maniobrar la palanca, retrocedió y giró, desapareciendo rápidamente tras de la esquina.

Ayling experimentó momentánea sorpresa en el despacho, observando que se le esperaba.

—¿Mr. Ayling? Sí, señor. Su habitación está lista, según creo.—El empleado hizo vibrar el botón de la campanilla, y comenzó a dar instrucciones acerca del equipaje de Mr. Ayling.

Ayling sentía la impresión de que debía preguntar por alguien, averiguar si alguno de los antiguos socios se encontraba en el club; pero mientras estaba allí no pudo recordar ningún nombre, con excepción de algunos transeuntes como él, que en aquel momento se encontraban en la India.

—¿Qiere usted subir, señor?

—Más tarde,—repuso Ayling.—Puede usted enviar mi equipaje arriba.

Atravesó el vestíbulo y entró en el salón principal. Allí, como antes en la calle, notaba principalmente los cambios: cortinas de dibujos en lugar de las antiguas de terciopelo rojo, la tapicería renovada en las viejas sillas y divanes. Personas extrañas ocupaban acá y allá los sitios favoritos, desconocidos que le miraban con discreta curiosidad y volvían luego a sus periódicos o a sus cigarros. Vagó por los diferentes salones, buscando—sin confesarlo del todo—algún rostro familiar, que no llegó a percibir. Aun las proporciones de los cuartos parecían cambiadas; apenas habría podido decir en qué forma; no mucho, ligeramente, aunque en conjunto el club era el mismo. Ciertos nombres comenzaron a acudir a su memoria; revivían los recuerdos, brotando de los rincones para saludarle a su paso. Estas reminiscencias principiaron a darle una sensación extraña de su propia irrealidad, como si él mismo fuera solamente una memoria desvanecida.

...Volvióse bruscamente, se dirigió al despacho, y pidió que le mostraran su habitación. Pasó allí una hora removiéndose sin objeto, poniendo en orden sus cosas, matando el tiempo.

En seguida se vistió y bajó a una comida solitaria. Había gran movimiento en el club a aquella hora, entradas y salidas, en grupos de cuatro o cinco. Encontró una especie de doloroso placer en observar que los jóvenes se sentían allí mucho más en su casa que él. Y él se había sentido allí en su casa cuando ellos estaban aprendiendo a hacer sumas en la escuela.

Aquí y allá en las mesas veíanse hombres maduros, hombres de su misma edad, y reflexionó que quizás habría entre ellos algunos de los amigos de su juventud. Nunca podría reconocerlos ahora. Escudriñó sus rostros buscando algún rasgo familiar, trató de sorprender algún ademán que despertara sus recuerdos. Al cabo se dió por vencido. «¡Vieja ciudad!», murmuró para sí mismo, «¡vieja ciudad, caramba, cómo me has olvidado!»

En la noche se fué solitario a un teatro, regresó al club atravesando las multitudes, y se metió inmediatamente en cama. Sintióse feliz de descubrir que estaba sumamente fatigado.

Al día siguiente se levantó tarde y no abandonó su cuarto hasta el medio día, cuando bajó para almorzar a solas. Después del almuerzo se acercó a la ventanilla del despacho y preguntó al empleado por uno o dos de los antiguos miembros. El empleado buscó los nombres en el registro. Después de muchas investigaciones y alboroto, descubrió que uno de aquellos caballeros estaba en China, otro había muerto, y no pudo averiguar nada de un tercero acerca de quien preguntó asimismo Ayling. Este salió y vagó un rato por las calles, pero tuvo que regresar pronto a su alojamiento a causa de la fría llovizna que súbitamente comenzó a caer.

Se instaló en una silla cerca de una ventana, sitio que en otro tiempo había gozado de su predilección. Recordó entonces la posición de cierto cordón de la campanilla, precisamente debajo de la cortina de la ventana... Sí: allí estaba. Tiró el cordón, y acudió un criado, un criado estilo de John Bull, esférico, rubicundo, y con pequeños mechones blancos adornando sus mejillas: Ayling ordenó un *whiskey* con soda, y cuando se lo trajeron, preguntó al criado cuánto tiempo hacía que estaba al servicio del club.

—Treinta y cinco años, señor.

Ayling miró atónito al viejo.—¿Se acuerda usted de mí?—preguntó.

El viejo criado, acostumbrado a recordar a primera vista en caso de recordar, miró de nuevo a Ayling.—Veo a tanta gente, señor... en este momento no podría decir...

—Y probablemente me ha traído usted *whiskey* con soda a este mismo sitio un sinnúmero de veces,—dijo Áyling,—¿Cómo se llama usted?

—Chédsey, señor.

—El nombre parece familiar...

Sacudió la cabeza.—¿Recuerda usted un Mr. Áyling... hace veinticinco o treinta años?

—¿Áyling, señor? Recuerdo que había un socio de ese nombre... *Usted no es* Mr. Áyling, ¿verdad, señor?

—No nos lisonjeamos mucho el uno al otro, al parecer. Pero esto es privilegio de los viejos, supongo.

—Dispense usted, señor. Lo siento mucho. Debía haberle recordado.

—Ambos llevamos máscaras, usted y yo, Chédsey.

—Temo que tenga usted razón, señor.

Contempláronse el uno al otro estos dos: Chédsey, esférico y rubicundo, de pie, dominando a Áyling, alto y flaco, con finas arrugas al extremo de los ojos, y el cabello considerablemente encanecido; meditando ambos por qué los nombres han de durar más de lo que se conservan las personas.

Solamente cuando Áyling, entre los viejos amigos de quienes pedía noticias, mencionó casi inmediatamente a Lónsdale, tanto él como el criado exclamaron a una voz: «¡El mayor Lónsdale!» como si este nombre hubiera sido la llave que abría las puertas de sus recuerdos.

—¡Y usted es el joven Mr. Áyling! ¡Le recuerdo ahora perfectamente!—Chédsey estaba radiante. ¿Cómo era posible que dejara de acordarse de ninguno de aquellos alegres jóvenes amigos del mayor?

—Y ¿dónde está el mayor ahora?—preguntó Áyling.

—El mayor Lónsdale, señor, murió hace siete años. ¿No lo sabía usted?

¡Lónsdale muerto! ¡Lónsdale desaparecido! ¡Un hombre que había iniciado una carrera tan brillante! Áyling se sintió viejo e inútil.

—¿Qué había sucedido?—preguntó. Y Chédsey, contento de hablar del mayor, le refirió que él había abandonado el club para ponerse al servicio del mayor Lónsdale cuando éste regresó de la guerra bóer; que posteriormente las cosas no habían ido muy bien para el mayor; perdió dinero; cómo, Chédsey no lo sabía, pero dió a comprender que había sido una desgracia que el mayor no pudo evitar. Al cabo se vió forzado a desprenderse de su casa, y Chédsey regresó al club. Algunos años después el mayor fué súbitamente atacado de neumonía, y murió. ¿Conoció Mr. Áyling a la esposa del mayor?

—Sí;—dijo Áyling.—¿Qué se hizo de Mrs. Lónsdale?

—Está aquí en Londres, señor.

—¿No tenían hijos, una niñita?—inquirió Áyling.

—¡Ah, Miss Peggy, señor!—Era evidente que «Miss Peggy» era uno de los entusiasmos de Chédsey. Una señorita ahora... que pronto debía casarse con un distinguido joven de una de las mejores familias escocesas... Algún día tendrá un título... Su retrato salió recientemente en el *Sketch*... quizá podría encontrarlo para Mister Áyling.

—No importa,—dijo Ayling, que por el momento no pensaba en Miss Peggy, sino en sus padres, el joven mayor Harry Lónsdale y su linda mujercita. La recordaba como era cuando se casó... El mayor la llamaba Bessie... una graciosa y fresca criatura de cabello castaño y ojos obscuros de reflejos dorados, que ya desde entonces era una encantadora ama de casa en la hermosa y antigua mansión que Harry Lónsdale había heredado de su padre.

—Viven ahora en Cámbridge Terrace,—seguía diciendo Chédsey.—¿Querría Mr. Ayling tomar la dirección?

Ayling escribió la dirección que Chédsey le daba, y la puso en su bolsillo sin idea definida, salvo que algún día, si la oportunidad se presentaba, podría presentar sus respetos en obsequio a la antigua amistad.

Preguntó por otros amigos, Cárring-

ton, Farnsby, Blake. Muertos, todos ellos.... Farnsby solamente la primavera anterior. ¿Perseguía la suerte en particular a sus amigos? Pero todos estos hombres, reflexionó, eran mayores que él. Con todo, recordó las palabras de su médico: «El hombre tiene la edad de sus arterias. Usted ha permanecido demasiado tiempo por acá. Sea usted razonable, Ayling... Váyase a su tierra... distráigase... descanse. Así vivirá mucho todavía...»

Una semana después, Ayling entraba a una casilla de teléfono, buscaba en el libro el número de Mrs. Lónsdale, y llamaba a su dirección. No había contado con la soledad.

A LOS cuarenta y cinco años Bessie Lónsdale se encontraba frente a una de aquellas universales experiencias que invariablemente nos producen como individuos, tan intenso sentimiento de sorpresa. Realizada la obra a que por un tiempo había consagrado todas sus energías, descubría súbitamente que esta obra había absorbido su personalidad entera; que nada quedaba de ella misma después de haberla cumplido. Y la conciencia de haber llegado exactamente a un punto donde muchas otras la habían sin duda precedido no hacía sino aumentar lo bizarro de su impresión.

Hacía una semana que había enviado a su hija, de veinte años, al norte de Escocia a pasar un mes con la familia en que iba a entrar por su matrimonio. Nunca le había parecido Peggy tan hechicera como cuando se despidió de ella aquel día en la estación, esbelta, fragante, de ojos luminosos y con talante de patricia, a la verdad, en su elegante chaqueta de piel de marta (cortada del lujoso abrigo de marta que había formado parte del ajuar de boda de su madre), con un ramillete de violetas en el ojal. Y Bessie Lónsdale había observado con orgullo y sin el menor destello de celos la admiración reflejada en los ojos de la aristocrática vieja dama, de rostro algo austero, que iba a ser madre política de Peggy, y quien, de acuerdo con las tradiciones de intachable corrección escocesa, había hecho el viaje desde Londres para llevarla consigo.

—No me gusta dejarte sola,—había dicho Peggy, cuando se besaban mutuamente a la despedida.—Te vas a entristecer.

Y su madre, acariciando la satinada mejilla, había replicado:

—Procuraré aprovechar todos los minutos de soledad. Me propongo darme un buen descanso y entablar amistades conmigo misma.

Cuando, poco después, les enviaba sus adioses mientras el tren se arrastraba lentamente abandonando la estación, Bessie Lónsdale se volvió lanzando un hondo e involuntario suspiro, un suspiro de gratitud y alivio.

¡Al fin Peggy estaba en salvo! Su felicidad y su porvenir estaban asegurados. Todos esos años de esperar y mantenerse firme llegaban ahora a una feliz conclusión. Desde la temprana muerte de su marido, Bessie Lónsdale había concentrado su vida entera en el porvenir de su hija. Poseía solamente unas cuantas libras anuales, resto del naufragio de los negocios de su marido; pero se había señalado un rumbo, y como quien navega en círculo por puro placer, había salvado rocas y escollos. Jamás había pedido dinero prestado; jamás había hecho alusión alguna a su situación; jamás había sido considerada como parienta pobre, ni se había hablado de ella como patética o «valerosa». Su pequeña habitación era una maravilla. Era asombrosa la manera en que se había arreglado para reunir tal sencillez, comodidad tan palpable y atmósfera tan placentera. Había realizado mucho con muy poco, y, sin embargo, no se echaba de ver en su morada aquella falta de serenidad que se observa en las habitaciones de tantas mujeres de escasa fortuna. Había allí espacio, reposo, alegría, aun cierto aire de lujo. Era el hogar de una mujer distinguida que podía hacer lucir las cosas más de lo que valen. Aun se había permitido recibir de vez en cuando, más a menudo en los últimos tiempos, cuando Peggy había terminado su educación; pero esto a costa de muchas economías en el lado conveniente, y muchos despilfarros cuando algún objeto los justificaba.

Llámese a esto «trepar» socialmente si se quiere, y dar valor indebido a las cosas. Bessie Lónsdale no se preocupaba de definiciones sutiles. Estaba demasiado entregada a su obra. No era tan joven ni tan hipócrita como para pretender que esos valores debían despreciarse. Había hecho solamente lo que toda madre desea realizar: servir de guía y protectora a su hija y prepararle el porvenir; pero lo había llevado a cabo más eficazmente que muchas; tenía, quizá, mayores aptitudes, o se había consagrado más intensamente a su obra. Y el mérito de su hazaña consistía en el arte con que había ocultado toda traza de esfuerzo y de tensión. La misma Peggy se habría echado a reir ante la idea de que su madre hubiera tenido alguna participación en sus amores con Ándrew McCrae. Creía que por pura liberalidad de la suerte ocurría que el joven Ándrew McCrae, además de haberse enamorado de ella ardientemente, como saben hacerlo los escoceses, fuera heredero de una de las fortunas más sólidas en todo el norte y estuviera destinado a ostentar un título algún día...

Por esto había lanzado Bessie Lónsdale su hondo suspiro de tranquilidad, regresando en seguida a su morada. Y porque deseaba realmente encontrarse sola, había enviado a su única y fiel criada a hacer una visita, largo tiempo pospuesta, a sus parientes campesinos. Luego, se sentó a descansar y a «entablar amistades consigo misma». Y pasados dos días había hecho su descubrimiento. No existía «ella» individualmente. Había sido la madre de Peggy; desde que Bessie Lónsdale, como entidad separada, había cesado de existir.

Hacia el fin de la semana fué cuando Ayling llamó por teléfono. Y a pesar de que siempre había evitado ella visitas incidentales de conocidos, se sorprendió invitando a Ayling, a quien no había visto hacía veinticinco años,

y a quien había tratado sólo superficialmente entonces, a venir a tomar el te a las cinco. Al separarse del teléfono comprendió que había procedido así porque la voz de Ayling venía de esos tiempos lejanos en que ella no se había convertido aún en la madre de Peggy, y porque tenía cierta vaga esperanza de que él podía contribuir a evocar de nuevo parte del antiguo ser desvanecido.

Pensando en ello, sentíase algo perturbada tratando de inquirir el sentimiento que había impulsado a Ayling a buscarla. Harry y él, ¿habían sido acaso íntimos amigos?

Llegó exactamente a las cinco. Saludáronse a la puerta con súbita e inesperada efusión. Y mientras él estrechaba su mano, diciendo el placer tan grande que era encontrarla después de tanto tiempo, y ella decía cuán agradable era *verle*, qué amable de su parte el venir a buscarla, pensaba él dentro de sí que la habría reconocido por los reflejos dorados de sus obscuros ojos, y ella pensaba: «Es viejo, más viejo que yo... debe ser de la misma edad que Harry tendría ahora...»

—De manera que ha vuelto usted a la patria,—dijo ella.—¿Piensa permanecer?

—Sí: siempre pasa lo mismo. Todos ansiamos allá volver a Inglaterra.

—Así lo imagino.—Retrocedió un paso, invitándole a entrar con ademán hospitalario.

No habían mencionado al finado mayor, ni habían hecho alusión a los años transcurridos desde que se vieron por última vez, y sin embargo, de improviso y sin deliberación, ambos esquivaron la mirada para prevenir que brotaran en sus ojos lágrimas absurdas: desastre casi inconcebible, mas por el momento palpablemente inminente.

Con todo, ninguno de ellos pensaba en el mayor Lónsdale, ni en cosa tan lamentable como la muerte: pensaban en aquellas terríficas arrugas alrededor de los ojos, y en las líneas de las mejillas que nunca más habrían de desaparecer: y algo se desvaneció dentro de su ser, se deshizo, inundándolos de lágrimas internas que no debían verter.

Ella extendió la mano para recibir el sombrero y el bastón de Ayling. Por un instante sintieron ambos honda confusión, y mientras él se despojaba del abrigo preguntábase cada cual si el otro lo habría notado.

Ayling se volvió y tropezó desmañadamente con un escabel, y ambos se echaron a reir, lo cual les dió oportunidad para recobrarse de la emoción.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, en realidad?—preguntó ella, sentándose frente a el al lado del fuego.

—Veinticinco años.—Sonrió, sacudiendo la cabeza.—¡Veintinco años!

—¡Debe usted sentirse como el hijo pródigo!

—No hasta que llegué a la casa de usted hace un momento, no en verdad. Y luego, sin darse cuenta de lo que decía, añadió:—Usted es la única persona que conozco en Londres.

Era la primera de las muchas cosas que se se había prometido no decir. Fué también la primera de muchas tardes en que estuvieron juntos al lado del fuego en el encantador saloncito—de aquella alegre llama que combatía de manera tan eficaz la tristeza y el frío de las recientes lluvias de invierno en Londres—y tomaron el té, y conversaron en el tono ligero y ameno de antiguos amigos; aunque no eran amigos a causa del pasado, sino a causa del presente y de su mutua necesidad. No hablaron de aislamiento; quizá era una palabra que a ambos asustaba.

Cuando hablaba de su marido, de la vieja casa y de los viejos días, Bessie sentíase retroceder, tomar forma de nuevo, brotar del pasado. Ayling se decía a sí mismo que podía hablar con Bessie Lónsdale de cosas que jamás habría podido hablar con ninguno otro, porque ambos habían tenido tantas impresiones en común. Desde el principio experimentó Ayling la sensación de que tanto Bessie Lónsdale como él habían estado ausentes durante todos aquellos años, y acababan de regresar a Londres de nuevo. Se lo dijo al despedirse aquella primera tarde, y ella había contestado sonriendo:—Siento la misma impresión exactamente... Me parece haber estado fuera y haber regresado, y apenas se ahora por dónde comenzar.

Más tarde comprendió él a lo que ella se refería. Una o dos veces encontró allí algunos amigos de Bessie, que venían a preguntar si había recibido noticias de Peggy: gente que hablaba de cuánto echaban de menos a Peggy, del tiempo en que regresaría a la casa, de su próxima boda; y una de ellas comentaba el vacío del hogar con la ausencia de Peggy, y cuán solitaria debía sentirse esta querida Mrs. Lónsdale mientras Peggy estaba fuera.

—Aparentemente soy la única persona en Londres que no echa de menos a Peggy,—díjole él cierto día. Los obscuros ojos de reflejos dorados le miraron detenidamente un instante, iluminándose luego con una sonrisa, porque ella sabía que él había comprendido. No hubo necesidad de decírselo, porque él lo adivinó por sí solo. Del mismo modo no necesitó él decirla todo lo que le había significado el encontrarla en Londres.

Entre tanto, el frío incesante y la humedad del tiempo no habían sido benéficos para la salud de Ayling. Su sangre se había adelgazado a consecuencia de los largos años del sol de la India, y le era difícil resistir el clima. La niebla era peor todavía que el frío, y aunque había creído que jamás echaría de menos el sol, después de su permanencia en la India, lo deseaba ahora intensamente, hasta el punto de convertirse en pura necesidad física. Por primera vez en su vida comenzaba a sentir que envejecía. O quizá, se preguntaba, ¿era únicamente que ahora tenía tiempo de pensar en tales cosas? Bessie Lónsdale lo observó pronto, porque su mirada era viva y penetrante, y porque hacía largo tiempo que había adquirido el hábito de vigilancia materna.—Es este malhadado clima de Londres,—dijo;—¡lo sé muy bien!—Y le hizo prometer que saldría al campo por una semana, donde pudiera encontrar por lo menos algunas vislumbres de sol. El recordaba cierto hotel en Hómebury Saint Mary, donde había pasado un verano cuando era niño; y fué allí, sin otra

razón que sus recuerdos de mucho sol, donde decidió ir; «a mediados de la semana entrante», había dicho, «cuando Peggy regrese a la casa».

Varias veces habían hablado de su regreso, y él había confesado que iban a sentirse de más, fuera de lugar, cuando Peggy volviera. Su confesión había agradado a Bessie, aunque apenas supiera por qué. Ella misma había tenido en cierto modo la misma impresión de que cuando Peggy regresara... bueno, la atmósfera sería diferente.

Esperaba ahora diariamente una carta que dijera el tren en que Peggy debía llegar. En lugar de eso llegó el martes una carta de Lady McCrae, pidiendo que les permitieran «retener a nuestra querida Peggy diez días más». La inclemencia del tiempo había obligado a los jóvenes a quedarse en casa, y se habían prorrogado muchas excursiones que proyectaban hacer. En su majestuoso estilo decía muchas cosas muy agradables para el corazón de una madre, y Mrs. Lónsdale no pudo hacer otra cosa que contestar dando su consentimiento.

Escrita la carta y despachada al correo, Bessie comenzó a sentirse peculiarmente melancólica, y vagaba por las habitaciones, consciente al fin de lo mucho que había extrañado las risas de Peggy, su alegría y sus ligeros y juveniles movimientos. La semana que debía transcurrir antes de su regreso le aparecía más larga que todo el tiempo que su hija había estado fuera.

Aquella tarde participó a Ayling las nuevas, pero sólo cuando hubo terminado recordó que él también iba a marcharse. Hasta entonces no había comprendido cuánto le significaba su compañía.

—¡No sé cómo voy a pasar esta semana!—dijo.—Después de todo, la he extrañado más de lo que pensaba.

Ocurrió a Ayling que allí delante de él, con la carta de Lady McCrae en la mano, tenía exactamente el aire de una chiquilla a quien se va a dejar sola.

Acudióle de pronto una idea:—¡Mire, Bessie; véngase conmigo a Hómebury Saint Mary! Le hará a usted un bien indecible.

La clase de amistad que les unía era aparente en la sencillez con que hizo la propuesta, en la absoluta naturalidad con que ella la escuchó.

—¡Sería encantador!—exclamó.

—Véngase, entonces. Nada tiene usted aquí que la obligue a quedarse; el campo es precisamente lo que usted necesita.

Ella no respondió inmediatamente, sino que se mantuvo un momento silenciosa, mirando a un lado, y con una pequeña arruga entre las cejas. Pensaba cuán absurdo era oponer objeciones y cuán igualmente absurdo parecía decir que sí. ¡Era tan agradable tener alguien que pensara en ella como en sí mismo, como Dick Ayling parecía haber pensado desde el principio!

Luego, bruscamente, aceptó su sencilla proposición.—Iré,—dijo.

—¡Espléndido! Voy a mandar un telegrama pidiendo una habitación para usted... ¿Cuándo estará usted lista?—agregó.

—Hoy mismo... esta tarde. ¡Vámonos antes de que descubra yo todas las razones que podrían prevenirlo! No lo molestaré con mucho equipaje... mi maleta grande será suficiente.

—¡Magnífico! Voy a averiguar la hora de los trenes.

Y de pronto, como dos chiquillos, sintiéronse ambos extraordinariamente alegres ante la perspectiva que se les presentaba; ¡una semana de vacaciones!

El se dirigió al teléfono, y poco después volvió con la información: Hay un tren a las dos y cuarenta.—¿Podrá usted alistarse para alcanzarlo?

Ella miró el reloj de la chimenea.—Lo alcanzaremos,—afirmó.

Ayling estaba poniéndose el abrigo.

—Voy al club, entonces, a sacar mis cosas, y volveré por usted a las dos y quince.

Salió apresuradamente, casi olvidando ambos el despedirse, y ella pasó a su dormitorio para empaquetar lo necesario.

Cuando a las dos y quince en punto hacía Ayling resonar el timbre, aguardaba ya ella con el sombrero y los guantes puestos, y exclamó:—¡Lista!—mientras el conductor del taxi subía tras de Ayling por el equipaje...

(Concluirá)

LOS LOGARITMOS

PARA LOS NIÑOS

POR VITAL MURILLO E.

I

CUANDO seais ya jóvenes, cuando estéis en algún colegio, estudiaréis qué son «logaritmos»; ahora yo quiero despertar en vosotros un interés por esto, que os parecerá un juego, pero que es nada menos que uno de los capítulos más importantes de la ciencia matemática.

L.	N.
0	1
1	2
2	4
3	8
4	16
5	32
6	64
7	128
8	256
9	512
10	1024
11	2048
12	4096
13	8192
14	16384
15	32768
16	65536
17	131072
18	262144
19	524288
20	1048576

Escribid la serie natural de los números comenzando por el cero, así: 1, 2, 3, 4, 5,... etc., hasta dónde querráis; luego, a la par del cero, escribid un uno (1) y seguid escribiendo a la par de los otros números el duplo del último número escrito, hasta completar. Ahora bien: la primera columna está formada por los logaritmos de la segunda; por ejemplo el logaritmo de 32 es 5; el de 16384 es 14; el de 8 es 3; el de 2048 es 11, etc. Ahora vais a divertiros con esos números, pero antes escribid sobre los primeros una «L» y sobre los otros una «N»; la «L» quiere decir «logaritmos» y la «N» «números».

Decidme qué os gustaría más hacer: ¿una multiplicación o una suma? De seguro me diréis que una suma por ser más facil; pues con esos números que habéis escrito allí veréis cuán sencillo es hacer una multiplicación con sólo números de la columna «N»: no necesitáis saber la tabla de multiplicar sino simplemente sumar; eso es todo; si por ejemplo queréis multiplicar 65536 por 8, no tenéis más que tomar los logaritmos de estos dos números, que son respectivamente 16 y 3 (ved las columnas de números), sumarlos y el resultado 19 ver a qué número corresponde: inmediatamente el cuadro os dice que a 524288; pues éste número es el que resulta multiplicando a 65536 por 8; hagamos la multiplicación:

$$\begin{array}{r} 6536 \times \\ 8 \\ \hline 524288 \end{array}$$

¿Estáis convencidos de la sencillez y facilidad con que hemos hecho esa multiplicación? Ved otro ejemplo: ¿Cuál es el producto de los cuatro números siguientes: 128, 16, 32 y 4? Buscad los logaritmos: son respectivamente: 7, 4, 5 y 2. ¿Qué suma dan esos cuatro logaritmos? Suman 18; entonces ¿cuál es el producto de los números 128, 16, 32 y 4? Es el número correspondiente al logaritmo 18, es decir 262144. Haced las operaciones en vuestros cuadernos y veréis que está bien.

Apostaría que os ha gustado el sencillo modo de multiplicar; pues os voy a enseñar a dividir así, sencillamente, y de seguro os gustará más aun.

Para dividir hacemos lo contrario que para multiplicar: ¿Sabéis qué? Restar los logaritmos (el del divisor al

del dividendo); la diferencia resultante es el logaritmo del cociente. Aclaremos esto con el siguiente ejemplo: dividir 32768 entre 128; sin que yo os haya dicho nada, ya os veo buscando los logaritmos de los números esos: son 15 y 7 respectivamente; no tenéis más que buscar el número correspondiente al logaritmo 8, pues 8 es la diferencia entre 15 y 7; vamos a la tabla y encontramos a la par del de logaritmo 8 el número 256, que os aseguro es el cociente que resulta de dividir a 32768 entre 128. Hagamos la división y os convenceréis:

```
32768 | 126
  716   256
  768
  000
```

¿Ya veis que no estábamos equivocados? Pero no os alarméis: hay algo aun más curioso que hacer con los logaritmos y que ya muy pronto os enseñaré.

Ciudad de Santo Domingo, 1921.

(Envío del autor)

ORTODOXIA

Por G. K. Chersterton

No vacilo ni un instante en declarar que es este un libro de muy sustancioso jugo mental que necesita leerse con especial y reflexivo detenimiento. Es una obra de verdadera médula en que a cada instante hay que admirar cierta agilidad mental que no se acobarda, para refutarlas, ante conclusiones científicas generalmente admitidas. Desde su personal punto de vista, Chersterton analiza y discute y en cierto sentido niega rotundamente puntos de vista que tienen firme consistencia en el proceso del desenvolvimiento científico contemporáneo. Esta obra, en muchos de sus aspectos, resulta a ratos de una dialéctica sutil y desconcertante. En ella impera, desde la primera hasta la última página, un humorismo pleno de flexibilidades mentales que no teme expresar con seriedad opiniones que a primera vista parecen paradógicas o de evidente falsedad. El autor, sin embargo, desmenuza de tal manera el concepto, reviste de tal colorido sus fragmentos de fina y perspicaz observación que acaba por engendrar en nosotros la duda y aun elevarnos a cierto fugaz y deslumbrante asentimiento.

Todo ser humano, cada cual conforme sus medios y recursos mentales, se forja una especie de interpretación del permanente misterio de la *realidad* intrínseca que parece constituir la vida en su más alta e indescifrable complejidad. ¿Quién no ha pretendido, con la sonda del pensamiento, llegar al fondo del mar sin orillas del origen y la finalidad de las cosas? La especulación filosófica, racionalmente sistematizada, ha intentado, en su proceso, muchas veces secular de elaboración, dar una respuesta definitiva a los anhelos e inquietudes que de continuo han preocupado al espíritu frente a las formidables incógnitas que parecen cerrarnos por todas partes el paso. Ese empeño ha resultado estéril o poco menos.

La investigación filosófica ha tenido forzosamente que detenerse ante límites lógicamente infranqueables. Ha mudado de aspectos, de posturas, pero nada más. Su condición característica puramente hipotética, priva y privará siempre a la filosofía de soluciones radicalmente satisfactorias y definitivas. Eso queda únicamente para las religiones que nos dan respuesta clara y precisa para nuestras inquietudes, nuestros temores y nuestros dudas. De ahí su superioridad virtual y constante. Las religiones, ahorrándonos el trabajo de pensar, nos proporcionan siempre, con cierta medida y apropiado ritmo, síntesis completas de las cosas que para otras, para una *elite* insatisfecha, son fuente copiosa de acerbos dolores y de lancinantes congojas espirituales.

La obra del gran escritor inglés es demostración brillante de un estado de espíritu en que cierto *misticismo* muy subjetivo tienda a aclararlo y explicarlo todo. Para él, determinismo, agnosticismo, evolucionismo, y otros ismos por el estilo, son palabras vacías de satisfactorio contenido. Trata con cierto desdén al pragmatismo por más que en sus razonamientos, aquí y allá, se advierta un pronunciado color pragmático. Para él, el cristianismo, basado en el credo de los apóstoles, contiene la verdad completa y única. Inútil salirse de ahí. Parece—acaso un sutil humorismo lo haga aparecer así—aceptar cosas que realmente se me figuran inaceptables. Pero no puede negarse que en este volumen hay un continuo florecimiento de ideas de cierto mérito y de observaciones y juicios de cierta innegable superioridad mental. Realza el valor de esté por muchos conceptos interesante libro, la clara y correcta traducción del texto inglés hecha por mi amigo el cultísimo escritor mexicano Alfonso Reyes, el celebrado autor de *Cuestiones estéticas*.

Fed. García Godoy

La Vega. Santo Domingo

(Envío del autor)

RESOLUCIÓN

Por el Dr. Frank Crane

Quiero vivir de un día para otro. Quiero comprender que la vida no nos fué entregada toda en un instante, sino dividida en secciones diarias. Los años que mi existencia pueda o no pueda durar, no me roban la tranquilidad, puesto que me he decidido a vivir de un día para otro.

Cada veinticuatro horas es una vida; cada noche es un partir del mundo, cada mañana es un resucitar! ¡Todo acaba al caer de la tarde, todo es nuevo al amanecer!...

La actualidad es siempre tolerable. En el presente no se comprenden las imposibilidades. El pasado y el porvenir son los que nos quieren robar la fuerza. La pena más dura la soportamos hoy; pero el pensar que mañana vuelva aquel dolor, nos llena de cobardía. No nos damos cuenta que mañana vendrá con nuevo vigor, con nueva fuerza. Crucificamos el día de hoy entre dos ladrones: el ayer y el mañana. Todo lo intolerable que nos quita el ánimo lo tomamos de ayer, el remordimiento, el eterno arrepentir;... y del mañana buscamos la anticipación, la duda, el temor! No es *hoy* que nos martiriza, es el peso de los años que ni siquiera sabemos si los hemos de vivir...

Un día tiene 86,400 segundos. Si el viejo reloj supiera que su tic tac deberá alcanzar tal número, se sentiría muy triste al cumplir con su labor. Pero el buen cronómetro comprende que no hay tal cosa! Sabe que tiene un solo tic que hacer, y un solo segundo para hacerlo. En buena hora se le acaba la cuerda, y la desesperación por los 86,400 ha sido inútil!... El reloj lo sabe, y por eso su cara está siempre tranquila.

(Zig-Zag. México. D. F.)

LUIS BERNINSONE

[Versos de este extraño poeta peruano, hemos publicado en el número 3 del tomo en curso del REPERTORIO].

LUIS BERNINSONE dice que nació en Lima y que tiene 23 años, pero yo creo que exagera... Luis Berninsone ha debido ver la luz primera en algún planeta fuera de la órbita solar y tener apenas diez y ocho años... En fin, la cuestión es que este muchacho fué corneado en Arequipa por un toro bravo cuando tenía doce primaveras de existencia sobre la tierra, que se fué a Buenos Aires y tuvo el insigne y raro honor de hacerse silbar una oda bolsheviqui por toda una sala de teatro mientras la orquesta intentaba apagar sus rítmicos alaridos tocando a todo instrumento La Marsellesa...

—No me pegaron—confiesa—porque mi smocking era de un señor conocido y el hombre gritaba que no le estropearan la prenda.

En Buenos Aires, a más de la silbatina, fué recibido por Leopoldo Lugones y el psiquíatra-literato José Ingenieros... y como se mezclara en movimientos sociales prohibidos y asistiera a salones que no figuran en la crónica mundana... las autoridades le pidieron que tomara las de Villadiego. Pero como Berninsone ignoraba entonces la geografía, se metió en un velero y despertó en Noruega, con su libreta sindical de marinero... Después cargó maíz en Copenhague y esposas en Hamburgo... Luego vino a París y, naturalmente, en el Barrio Latino pasea su melena, sus harapos elegantes, su orgullo y su hambre...

Yo sé que hay quienes esperan que la tisis lo lleve antes de que su nombre suene, pero yo sé también por experiencia personal, que los amigos, de la Miseria son duros de pelar por la «Parca fiera»... De modo que me parece que tendremos Berninsone para rato.

...Pero contando la vida de este soñador rebelde e ingenuo, olvidaba decir que es un poeta, un grande y noble poeta que sólo necesita recortarse la melena y ponerle doble freno a su Pegaso, demasiado brioso para París, porque con las dificultades del tráfico puede ocurrirle que se le desboque y haga víctimas, o simplemente que, en una encrucijada, lo aplasten lamentablemente los automóviles de lujo que no tienen piedad para con los caballos... así sean divinos.

Luis Berninsone va a publicar un libro de poemas épicos con un prólogo de cierta gran poetisa francesa... Es un secreto que yo os confío, lectores de *La Gaceta de América*, seguro de vuestro silencio. ¡Berninsone sería capaz de enviarme un soneto cargado de explosivo Olímpico si conociera mi indiscreción!

ALEJANDRO SUX

(*La Gaceta de América*. París).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica